



"Quinteto", de Robert Altman.

sa, fascinación o interés por lo desconocido. Quien rechace a Borges, Donoso, Lewis Carroll, Bergman, Saura cineasta o pintor, Cocteau, Klee y, en definitiva, la poesía. Quien se niegue a entender todo lo que no sea cartesianamente traducible a nuestro lenguaje cotidiano, no debe ver "Quinteto". Porque para acercarse a las inquietantes imágenes creadas por Robert Altman para la descripción de ese mundo cerrado, muerto y asesino que protagoniza su película, hay que recuperar lo que la narrativa cinematográfica ha intentado machaconamente eliminarnos, mientras la pintura, la literatura más inteligente o la música han querido siempre conservarnos: la generosidad de no creerse en posesión de todas las claves para entender el mundo y, por lo tanto, la inseguridad de sabernos todavía ante lo ignorado y lo vivo. Si se quiere destruir la poesía, se le reduce a esquemas simplones y se queda uno reconfortado con la mediocridad. Pero si se quiere disfrutar de ella por la posibilidad de que nos acerque a claves nuevas e intraducibles a palabras de nuestro lenguaje cotidiano, debe verse "Quinteto" sin temor al vértigo de no entender lo que se está viendo. Sólo así podrá entenderse realmente: rechazando la creencia de que todo lo que no sea vulgar deben ser símbolos o alegorías idénticas a nuestras premisas anteriores y dejándose transportar por lo mágico y lo indecible. El franquismo asesinó nuestra capacidad poética al obligarnos a leer entre líneas. Pero "Quinteto" no es el resultado de una parábola obligada por la censura. Es exactamente lo que es porque es lo que quiere ser. Se la acepta o se la rechaza

pero no se la traduce en función de su "argumento". ¿Hemos olvidado la capacidad sugestiva de una imagen? Grave cosa sería que el cine no pasara de ser el editorial de un periódico. Pero eso parecen defender algunos críticos españoles cuando se niegan a entrar en el mundo de Altman por considerarlo excesivo o ausente de emociones conocidas. Justamente por eso es por lo que "Quinteto" llega a ser de lo mejor de su autor: nada de lo que nos ofrece es conocido, familiar o tangible. Aunque, por supuesto, siga hablando de nuestro mundo y nuestro momento. Con el valor y la lucidez de un mágico juego poético. ■ DIEGO GALAN.

"Con uñas y dientes"

Es difícil juzgar una película sólo en función de sus resultados, olvidando sus buenas intenciones, sobre todo cuando sólo esas intenciones son lo válido. Caso de "Con uñas y dientes", segundo largometraje de Paulino Viota (el primero, "Contactos", no se ha exhibido comercialmente), donde, volviendo la espalda a cualquier planteamiento industrial del cine, se ha realizado una película en régimen colectivo que pueda abrir una posibilidad de existir a un cine español de claro compromiso político. En el caso de "Con uñas y dientes" se quiere realizar lo que teóricamente es inviable en el cine de producción al uso: una muestra de los términos precisos en que se desarrolla la lucha de clases en la España posfranquista. A través de las vicisitudes de la huelga en una fábrica importante, donde su principal gerente resulta un estafa-

dor, Paulino Viota y sus colaboradores quieren exponer los términos de fuerza de la clase dominante, las contradicciones internas de la clase obrera, los errores humanos de algunos líderes sindicales, y sacar de todo ello una provechosa lección para el futuro. Es probable que, analizando fríamente las frases que se pronuncian en la película, todo cuanto quiere decirse está contenido en el guión. Pero eso no basta para que la película consiga luego el mínimo calor. Todo en "Con uñas y dientes" es frío y lejano. La falta de habilidad en la construcción dramática de la historia se prolonga luego en la mala dirección de los actores, en las excesivas concesiones "comerciales", en los discursos ingenuos y dramáticamente inverosímiles.

La película se ha transformado en una especie de pancarta de lo que debería ser un nuevo cine español para algunos estamentos de la crítica. Es un error. Porque las intenciones no bastan. Y aunque Paulino Viota demuestra mayor habilidad que su guionista en algunos pasajes de la película, el conjunto no puede proponerse como ejemplar sin forzar el resultado de una comunicación con el público a quien el espectáculo sigue importándole. ■ D. G.

"El sacerdote"

Película anterior a "El diputado" en la filmografía de Eloy de la Iglesia y coincidente con ésta en proponer una teoría de las relaciones entre la política y la represión sexual. Aquí, sin embargo, hay menos pretensiones, como si "El sacerdote" fuera una película de compromiso que importara menos a su director. Paradójicamente, nos encontramos ante el mejor trabajo de dirección de De la Iglesia, la primera película en la que el cuidado en la puesta en escena le aporta una cierta sutileza, cuando lo normal en este director es que su afán machacon de no dejar apunte suelto ahogue lo mejor de sus intenciones. No es que "El sacerdote" sea exactamente lo contrario, entre otras cosas porque el guión es muy torpe y reiterativo (menos, sin embargo, que el de "La criatura", también escrita por Enrique Barriego), pero sí hay en el tratamiento de los personajes la creación de un mundo cerra-

do, de un obsesivo microcosmos donde el humor alcanza grados de interés. Precisamente por eso, a algunos les recuerda esta película los viejos títulos mexicanos de Buñuel, y aunque no puede existir comparación alguna entre ambos directores, ese camino del humor les emparenta en algún momento. Lástima que De la Iglesia no haya abundado más en él y se haya dejado de discursos moralizantes o demostrativos. Sin embargo, cuando ese humor protagoniza las situaciones — caso del encuentro entre el cura y la prostituta o algunas de las visiones enfermizas del protagonista —, la acidez transforma la película en la mejor de su autor. Lo que, para quienes creemos que el camino de De la Iglesia tiene más posibilidades que espantos, no es mala cosa. Es curioso que siempre tengamos que hablar de posibilidades en este autor antes que de realidades acabadas. Sus películas apuntan cosas que la precipitación o el ingenuo afán de escandalizar echan por tierra. No es fácil salir plenamente convencido de la proyección de una película de De la Iglesia. Pero es en esa insatisfacción donde, a mi juicio, se contiene lo interesante de su trabajo. Y cuando, como en este caso, la indignación es mayor porque los logros han estado más cerca, el problema comienza a hacerse apasionante. ■ D. G.

"El sacerdote", de Eloy de la Iglesia.

